Lajuanta Mattox





I never thought cancer would become part of my story. I had plans. I had people I loved caring for, children to minister to, my B.O.H (Bridges of Hope) sons to encourage, a husband to love, and great-grandchildren I wanted to get down on the floor and play with. I was used to being the one who showed up when someone needed me.

Then I heard the words that changed everything:

"You have cancer."

Suddenly, I was the one who needed help. I was the one facing surgery, chemotherapy, exhaustion, neuropathy, tears, and uncertainty. I struggled with not being able to do all the things I once did, and there were days I hardly recognized the woman looking back at me.

But God knew something I didn't.

Cancer was not going to end my ministry. God was opening the door to a new mission field.

Through this journey, He has given me a heart for people walking the same road. Now I understand the fear in another cancer patient's eyes. I understand the waiting, the exhaustion, and the need to know you are not alone.

I would never have chosen cancer, but I still choose Christ. If He can use my journey to encourage one person, pray with one family, or point someone toward Jesus, then I want Him to use me.



Cancer is not the end of my ministry. It is a new mission field. Wherever God sends me, I want my life to say: To God be the glory.

https://www.facebook.com/JesusAndJam/

https://www.southganonprofit.org/post/sgnn-lajuanta-mattox-clinch-county

Lajuanta Mattox

Nunca pensé que el cáncer se convertiría en parte de mi historia. Tenía planes. Tenía personas a las que amaba y de quienes cuidar, niños a quienes guiar espiritualmente, a mis hijos de B.O.H. (Bridges of Hope) a quienes animar, un esposo a quien amar y bisnietos con quienes quería sentarme en el piso a jugar. Estaba acostumbrada a ser la que siempre estaba presente cuando alguien me necesitaba.
Luego escuché las palabras que lo cambiaron todo:
« Tienes cáncer ».



De repente, era yo quien necesitaba ayuda. Era yo quien se enfrentaba a la cirugía, la quimioterapia, el agotamiento, la neuropatía, las lágrimas y la incertidumbre. Me costaba mucho no poder hacer todas las cosas que siempre hacía, y había días en los que apenas reconocía a la mujer que me miraba en el espejo.



Pero Dios sabía algo que yo no sabía. El cáncer no iba a poner fin a mi ministerio. Dios estaba abriendo la puerta a un nuevo campo misionero.
A lo largo de este camino, Él me ha dado un corazón para las personas que recorren el mismo camino. Ahora comprendo el miedo que se ve en los ojos de otro paciente con cáncer. Comprendo la espera, el agotamiento y la necesidad de saber que no estás solo. Nunca hubiera elegido tener cáncer, pero sigo eligiendo a Cristo. Si Él puede usar mi experiencia para animar a una persona, orar con una familia o guiar a alguien hacia Jesús, entonces quiero que Él me use.
El cáncer no es el fin de mi ministerio. Es un nuevo campo misionero. Dondequiera que Dios me envíe, quiero que mi vida diga: A Dios sea la gloria.